

Abelardo Sánchez León. *Torrentes en pugna*. Mario Vargas Llosa y Miguel Gutiérrez. Primera edición. Lima: Fondo editorial PUCP, 2023. 425 pp.

Aparecido en el 2023, *Torrentes en pugna* de Abelardo Sánchez León se encuentra dividido en dos partes muy marcadas. En la primera, se oponen las figuras públicas de Mario Vargas Llosa y Miguel Gutiérrez dentro del espacio político. En la segunda parte, se ingresa muy tangencialmente en el espacio de la ficción a partir de la presencia del Ejército y la Iglesia en sus primeras novelas como instituciones formativas (jerárquicas y cerradas). Instituciones que dificultan, en palabras del autor, el desarrollo de una cultura democrática plena por la falta de diálogo y en donde priman la confesión o el chisme (por un lado) y la reserva y el reglamento militar (por el otro) (233). Cerrando esta segunda parte, se desarrolla la posición de ambos escritores en relación al fenómeno Sendero Luminoso como intelectuales y novelistas. Para ambos, Sendero es un fenómeno lejano o indirecto en su presencia ficcional y un fantasma. A mi entender, la lejanía en el caso puntual de Gutiérrez forma parte de una estrategia, al situar sus ficciones en momentos iniciales o crepusculares. Por ejemplo, las tres últimas novelas del piurano se sitúan en las postrimerías del conflicto armado interno, y reciben el respaldo del pasado colonial y finisecular (s. XIX), como explicación previa a ese desenlace, lo cual se puede percibir desde su segunda novela *Hombres de caminos* (1988). En el caso de Mario Vargas Llosa, la aparición del fenómeno Sendero es una respuesta barbárica, exótica y andina.



Torrentes en pugna tiene algunos errores en relación a la vida de Gutiérrez. Este no viajó a China en los 90, sino tuvo una larga estadía desde fines de 1976 a julio de 1979¹ (19, 59). A partir de esa confusión, a mi entender generada por la lectura de *Babel, el paraíso* (1993), el autor llega a diversas conclusiones. Este es un ejemplo de que muchas veces interpreta a Gutiérrez por sus novelas, confundiendo vida y obra. A veces, les cambia los nombres a los personajes de Gutiérrez como Deyamira (sic) (307) o el padre Azcárrate (sic) (145) o personalidades políticas como el expresidente argentino Alberto Fernández (194). A pesar de esto, el libro es valioso. El tono del discurso no es estrictamente académico, sino que el testimonio y el análisis libre de la realidad y la ficción van de la mano, lo cual es un acierto, así como la relativa cercanía del autor con Miguel Gutiérrez, su familia y su grupo de amigos matizan este acercamiento. Parece haber sido compuesto como un gran compendio de más de 400 páginas, tomado y retomado en diversos instantes (agregando pequeñas y grandes sumas). Es posible que no haya tenido una revisión final. No obstante, a pesar de este detalle, se trata de un libro que nos puede ayudar a abrir las esclusas para que otros escritores y otras potencias creativas puedan retar y, quién sabe, en el futuro, colocar su voz junto o más arriba que la del insigne narrador-Nobel.

En la mayoría de los comentarios sobre el libro y el propio título del mismo, *Torrentes en pugna*, se intenta plasmar una idea compartida y casi equitativa de la vida y obra de estos escritores, pero considero que esa equidad no existe dentro del libro. La perspectiva de Sánchez León es claramente un homenaje (que no exime la crítica) a Vargas Llosa. En su propuesta no se esconde la admiración y defensa de la figura del Nobel peruano (26, 30). De alguna manera, el libro nos muestra la forma en que el autor se representa a estos escritores. Algunas imágenes utilizadas suyas o de otros para oponer al arequipeño frente al piurano: torrente (una corriente de agua con fuerza) vs. acequia (una corriente débil) (24); limpio vs.

¹ Dato corroborado gracias a la respuesta del 28 de abril 2025 de Dimitri Gutiérrez, hijo del escritor.

sucio (en el subcapítulo “Limpieza y suciedad”); atlético vs. glotón o gordo (162, 248); público vs. sin importancia (323); sociable vs. solitario; Mozart vs. Salieri (¿?) (31). Como se nota, Sánchez León le otorga la preeminencia a Vargas Llosa, en detrimento del piurano o estableciendo, por la imagen de una de sus novelas (*El viejo saurio se retira*, 1969), su gusto por lo oscuro y los lugares sucios. Lo cree hosco, menciona que presenta dificultades para interactuar con sus colegas peruanos y rechaza el placer-belleza (145-146). Lo muestra como retraído y seducido por la sombra pública, aunque ese mismo camino, a mi entender, lo han seguido otros dos escritores que tienen la preferencia del mismo Gutiérrez: Julio Ramón Ribeyro y Jorge Eduardo Eielson. Considera a Vargas Llosa cosmopolita, a Gutiérrez provinciano (no domina el inglés, desconectado de las redes y las editoriales internacionales) (196). Y este punto, lo extiende a la generación del 50 cuando la compara con aquella de Abraham Valdelomar y el grupo alrededor de *Amauta*. La primera es triste, quizá por ello Gutiérrez la consideraba disminuida y un poco parapléjica si se le parangona con aquella que empieza a hacer su revolución en los 80 en la propuesta dentro de *La generación del 50* (1988). Ahí encuentra esa pulsión por la provincia, el interior, lo solar: ser una comunidad. El Gutiérrez marxista, que simpatiza con Mao, Lucien Goldman y José Carlos Mariátegui, cambia, se transforma, pasa de esa mirada hacia el interior, que criticaba y rechazaba la revolución cubana y la de las fuerzas armadas, al Gutiérrez desencantado posconflicto armado interno (que antes había criticado el escepticismo de los poetas y narradores de la generación del 50) en Lima. Ese Gutiérrez vive bajo la penumbra, en la austeridad y la desconfianza. Sánchez León incluso llega a oponerlos entre la soledad del escritor piurano y la comunidad que Vargas Llosa encarna, familiar e intelectual (340). Sin embargo, no todo es fácil, ni las oposiciones perfectas ni reales. Por ejemplo, el cosmopolitismo de Gutiérrez es de otro brillo, nace de su estancia en China y su regreso por Europa, donde aprecia la belleza a pesar de sus ímpetus revolucionarios, oponiéndose así, en otro apartado, a lo comentado por Sánchez León sobre *Kymper* (2014): “la belleza

es un bien propio de la burguesía” (249). En cambio, para los revolucionarios, es una trampa y perturba (250).

Vargas Llosa se instala tempranamente en el “*establishment* revolucionario cubano” en los 60; Gutiérrez, por su parte, en la línea maoísta, la cual, de acuerdo con el autor, busca formar conciencias y, al mismo tiempo, aprender del pueblo para poder escribir bien de la realidad nacional (199). Vargas Llosa es locuaz y público. Estas características se oponen a la clandestinidad de Sendero y a “la franja intelectual mestiza” en la que, por ejemplo, Peter Elmore coloca a Gutiérrez (161). Por mi parte, puedo decir que el silencio, la oscuridad y la clandestinidad son ingredientes que se le atribuyen, desde una mirada superior, a los mestizos en las novelas del piurano, como se puede leer en *Poderes secretos* (1995) o *Una pasión latina* (2011). Entonces, hay un movimiento que se puede observar desde la ficción de Gutiérrez al análisis de su propia figura fuera de sus novelas, tal como hace el autor. Al final, ambas partes se pueden reunir en el libro reseñado.

A ambos escritores, los marca su tiempo revolucionario y de grandes acontecimientos (la revolución cubana, el cisma sino soviético, la revolución cultural china, mayo del 68, la guerra de Vietnam, etc.), un *rush* de acontecimientos nucleares que forman a estos intelectuales, los cuales le sirven al autor para aclarar una serie de términos como comunista, izquierdista, rojo, bolchevique, etc. Los une su crítica sobre la figura de Julio Ramón Ribeyro (para la amistad y la diatriba posterior) (en el subcapítulo *La sombra de Ribeyro*) o la expresión de sus opiniones concebidas en sus artículos y ensayos, las cuales, a juzgar por el autor, los vuelve predecibles (211). Ambos comparten ciertas geografías: la Piura de *La casa verde* (1966) y la que aparece en toda la obra de Gutiérrez, o el Muquiyayuyo de la vida de este último que se presenta tangencialmente en *Lituma en los Andes* (1993). Vargas Llosa es de 1936, un poco menor es Gutiérrez, 1940, y Sánchez León es de 1947. Es el menor de los tres, sin embargo, comparte muy bien ese contexto y sabe de lo que está hablando sobre política internacional y nacional cuando explica el paso de la Guerra Fría y la caída del muro de

Berlín hasta estos tiempos poscomunistas. Adicionalmente, el libro gana en referencias y contextualización para las nuevas generaciones, cuando Sánchez León cree reconocer a personajes del mundo ficticio de ambos escritores. Su conocimiento no es solo político ni artístico, es también el de los chismes, las confesiones y las relaciones personales que han estado alrededor de su generación: visita a Gutiérrez en su departamento del Centro de Lima: cuenta —y nosotros leemos con estupor— la tragedia del reconocimiento del cuerpo de la primera esposa de Gutiérrez, Vilma Aguilar, luego del motín de las cárceles en 1992, lo cual nos hace formularnos la pregunta si son necesarias ciertas “confesiones” y qué fibras puede tocar en los familiares cercanos (378).

El autor acerca a estas figuras literarias, por ejemplo, en cuanto al papel de los intelectuales frente al mundo académico. Ambos trabajan en la universidad, pero no buscan hacer carrera dentro de esta, persiguen un espacio más bien para seguir desarrollando su obra. Para Sánchez León, la figura del intelectual pierde cada vez más relevancia, como la de la literatura, la conciencia del arte y el oficio de escribir, así como la de la revolución, y la necesidad imperiosa de un cambio en un mundo donde el poscomunismo solo pretende ganar las elecciones, y donde la doctrina liberal se ha asentado, desde los años 90, en el sentido común de las personas. Conciencias nucleares que se han visto eclipsadas por conceptos como colaborador, contenido de autoayuda y la perfección del presente. Y que, en el Vargas Llosa liberal, su personal liberalidad se manifiesta en su oposición a no desbarrancar gobiernos democráticamente elegidos. Para este, la revolución solo empeora las cosas, ya que despierta a la bestia negra de los golpes militares. Ese mismo atributo, Sánchez León, siguiendo a Efraín Kristal, se lo endilga a Moro. En una carta de 1944 a Emilio A. Westphalen le dice: “Ya no creo en la revolución... no hay duda que la política me fastidia enormemente, y que nunca más podrá interesarme” (Westphalen 2020: 309). Por eso, cuando acerca a Moro a Vargas Llosa y a Samuel Beckett a Gutiérrez, no por su obra, sino por su actitud, en mi opinión, más bien, aquel y Moro se acercan a Gutiérrez. Moro,

un provocador que insuflaba el escándalo en la ultraconservadora sociedad limeña (no solo por lo religioso, sino sobre todo política y económicamente en el caso del piurano), culmina en Lima un proceso de extrañamiento con la realidad y las personas que muy bien se puede encontrar desde su periodo mexicano en su carta a Emilio A. Westphalen del 9 de febrero 1948: “Yo me encuentro en un estado de persecución y de nerviosidad excelentes” (451). Esa actitud nos recuerda al Kymper de Gutiérrez, el personaje que más se le asemeja. El mundo paranoico de *Kymper* (2014) se revela en las citas clandestinas, alias, dobles identidades y traiciones. De forma opuesta, Sánchez León resalta en el universo Vargas Llosa la figura del soplón en su novela más emblemática (274).

Otra figura es la cárcel. El autor la encuentra en la obra de ambos escritores. En Vargas Llosa, se desarrolla como un determinismo social, p.e. en *La ciudad y los perros* (1963). En Gutiérrez, la obsesión por el color de la piel (y la de los personajes en ella) es una cárcel, lo cual determina su lugar y el acceso o negación de sus derechos. Es sintomático que Sánchez León señale lo expresado por Marshall Berman al comparar la sociedad moderna con una cárcel planificada para determinar “el destino del hombre hasta que se queme la última tonelada de carbón fósil” (401), del mismo modo que la cárcel (refiere el autor) era la forma como los senderistas diseñarían el mundo perfecto que pensaban instaurar.

Finalmente, hay algunas ideas preconcebidas que hay que recordar a modo de comentario fuera del libro, antes de terminar: no necesariamente por practicar técnicas literarias descollantes se es más moderno (recordar los comentarios contra la vanguardia del primer Borges y al Sábato de *El escritor y sus fantasmas*). No necesariamente por hablar exclusivamente de Lima se es más cosmopolita que aquel que habla de Piura. Sin necesidad de pericias técnicas, en mi opinión, Gutiérrez construye una monumental obra total que va de Piura a Lima y al mundo. Se transforma en un escritor universal tempranamente en *La violencia del tiempo* (1991). No tuvo la resonancia de los escritores del *Boom*, pues el contexto luego de 30 años había cambiado totalmente, pero consigue una obra extraordinaria

que queda fuera del análisis de Sánchez León. Por lo tanto, desde mi perspectiva, a la inmensa cantidad de profesionales del *marketing*, admiradores y defensores de la figura, o debería decir, el producto (cultural) Vargas Llosa, de las mareas actuales de desidia por la literatura, se le unirá otra de admiradores de la obra del piurano (ver Meza Borja 2020). Estas y otras comunidades terminarán seguramente por equiparar con los años las diversas figuras literarias ocultas o de disímil nivel de exposición. Una de ellas, la principal, es, a mi entender, la figura y la obra de Miguel Gutiérrez.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GUTIÉRREZ, Miguel

1969 *El viejo saurio se retira*. Lima: Milla Batres.

GUTIÉRREZ, Miguel

1988 *Hombres de caminos*. Lima: Editorial Horizonte.

GUTIÉRREZ, Miguel

[1988] 2019 *La generación del 50: un mundo dividido*. Lima: Revuelta Editores.

GUTIÉRREZ, Miguel

[1991] 2019 *La violencia del tiempo*. Lima: Penguin Random House Grupo Editorial.

GUTIÉRREZ, Miguel

1993 *Babel el paraíso*. Lima: Colmillo Blanco.

GUTIÉRRE, Miguel

1995 *Poderes secretos*. Lima: Jaime Campodónico.

GUTIÉRREZ, Miguel

2011 *Una pasión latina*. Lima: Alfaguara.

GUTIÉRREZ, Miguel

2014 *Kymper*. Lima: Alfaguara.

MEZA BORJA, Aníbal (edit.)

2020 *Miguel Gutiérrez (1940-2016). Libro de homenaje*. Lima: Aníbal Meza Borja.

VARGAS LLOSA, Mario

[1963] 2001 *La ciudad y los perros*. Lima: Peisa.

VARGAS LLOSA, Mario

[1966] 2004 *La casa verde*. Madrid: Alfaguara.

VARGAS LLOSA, Mario

1993 *Lituma en los Andes*. Barcelona: Planeta.

WESTPHALEN, Inés (edit.)

2020 *Eternidad de la noche. Cartas de César Moro a Emilio Adolfo Westphalen 1939-1955*. Lima: Fondo de Cultura Económica del Perú.

Franco Cavagnaro Farfán

<https://orcid.org/0000-0003-4133-3912>

Universidad Tecnológica del Perú

C29798@utp.edu.pe

Recepción: 28/05/2025

Aceptación: 15/11/2025